LA NOVELA PASIONAL

APARECE LOS SABADOS
Novelas cortas de los mejores escritores galantes. 50 CTS.

EL TEATRO

APARECE LOS SABADOS
Los más grandes éxitos de los mejores autores. 50 CTS.

FRU-FRU

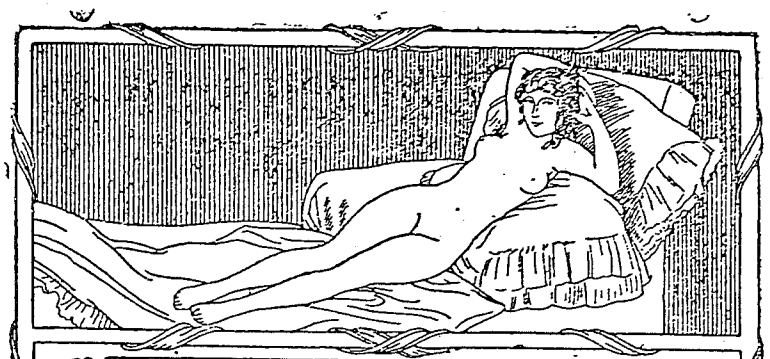
APARECE LOS JUEVES
Novelitas eróticas de los más prestigiosos escritores. 30 CTS.

COLECCION IMPERIO

NOVELAS DE AMOR
Sugestivos originales. Primorosa edición. 3 PTAS.

PRENSA MODERNA
APARTADO 8.012
MADRID

1926



LA NOVELA PASIONAL

Renato Blay

LA QUE QUISO SER HOMBRE

NOVELA

Ilustraciones de I. Durán



Año III N.º 106

PRENSA MODERNA
MADRID

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

COLECCIÓN IMPERIO

OBRAS PUBLICADAS:

LA SEMBRADORA DE LASCIVIAS, por S. MORALES.

Las grandes pasiones de la carne: exaltación ardiente y audaz del amor en toda su libre magnificencia.

PLACERES TURBADORES, por JEAN ROSY.

Versión castellana de ALONSO DE SANTILLANA. Los vicios femeninos, las pasiones del amor lesbio, las relajadas costumbres de juveniles pecadoras.

SEXO DE ORO, por JUAN CABALLERO SORIANO.

Las viciosas costumbres de las jóvenes modernas, frívolas, desenfadadas, atrevidas, desconcertantes.

NENINA Y SU HERMANA, por FABRICIO DEL DONGO.

Deliciosas y sugestivas aventuras galantes en los países cálidos. Nada más atrayente y seductor.

LAS FRECUENTACIONES DE MARISA, por R. BLAY.

Verismo, audacia, morbosidad, vicio. Y todo ello, con un desenfado singularmente atrevido.

EL TORMENTO DE LA CARNE, por CONDE DE TIRO.

La eterna confusión y la eterna lucha entre el deseo carnal y el amor. ¿No es todo uno y lo mismo?

PRECIO DEL EJEMPLAR: 3 PESETAS

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

Estela llegó a su casa irritada; entró en el portal y, sin hacer caso a la sonrisa obsequiosa con que el portero acompañó su tarea de preparar el ascensor, se metió en él, y cuando llegó después a su alcoba particular, dió unos paseos, que eran más bien pataditas, sobre el encerado del piso, y llamó a la muchacha de servicio.

Cuando estuvo presente la doncella, le preguntó:

—¿Han traído un encargo para mí?

—Sí, señorita.

—Tráigalo usted.

La doncella volvió a los pocos momentos con una caja plana, en cuya tapa estaba la etiqueta de uno de los almacenes más elegantes del Boulevard Poissonière.

Esperó un momento, hasta que Estela le dijo:

—Está bien. Puede usted retirarse.

Se marchó la doncellita, y Estela cogió con dedos nerviosos unas tijeritas, y dió dos cortes al cordón que sujetaba la caja. Abrió ésta, y sus manos sacaron de su interior un traje de hombre.

Por primera vez, desde su llegada, Estela dejó amanecer en su boca pintada una sonrisa, que lo fué de satisfacción por el recuerdo de su gesto decidido, cuando entró en el almacén de ropas masculinas y, dirigiéndose directamente a uno de los sastres, le dijo:

—He visto en el escaparate un traje azul que me gusta. ¿Habría uno igual a mi medida?

El dependiente abrió unos ojos como platos y no contestó. Estela, que ya había llegado a la sastrería con los nervios tersos, le increpó:

—¿Qué le sucede a usted? Es idiota esto de que no conteste. ¿Hay o no a mi medida un traje azul como ese que tiene puesto el maniquí rubio del segundo escaparate?

El dependiente optó por no asombrarse de nada, y respondió:

—Puedo darle a usted la seguridad absoluta de que lo hay. La casa dispone de millones de trajes...

Le atajó Estela.

—Bien, bien. Sáqueme usted pronto uno.

—Será preciso tomar medidas...

—¡Qué fastidio! Vengan.

—Si la señora quiere pasar...

—Aquí mismo.

El dependiente tomó las medidas y preguntó:

—¿Sus señas?

Estela dió una tarjeta y, al abonar en la caja los setecientos francos que importaba el traje azul, le dijo el empleado:

—Antes de que la señora llegue a su domicilio tendrá allí su encargo, a nada que se demore.

Sonrió de nuevo, esta vez por aquella graciosa travesura que se le había ocurrido, y con la sonrisa se le disipó el mal humor. La doncella pidió permiso para entrar. Le fué concedido.

—Señora—dijo—, dos nuevos encargos para usted.

—¡Ah, sí! Páselos.

Volvió a marcharse la muchacha de servicio, y Estela sacó de una de las dos cajas que le habían traído unos masculinos zapatos de charol, y de la otra dos camisas, cuellos y corbata y un sombrero gris de ala pequeña.

—¡Uh, la la!—exclamó.

Sin ceremonial, como cosa urgente, se quitó el sombrero, que hasta entonces había tenido puesto, y se miró en el espejo. Su melena, de un rubio natural, a la garzona, estaba bien, pero acaso para un muchacho sobrase pelo en los costados.

Por si así fuera, con las mismas tijeras con que había cortado el cordón de la sastrería sacrificó un mechón de cada lado.

—Perfectamente—se dijo—; pero un chico, pintado como yo lo estoy, no puede ser tomado en París más que como un discípulo de Wilde. Sacrificaremos también el colorete.

Se refrotó la cara con la toalla, se quitó el rimmel de los ojos y el *rouge-aux-levres,* y volvió a su soliloquio, después de contemplarse de nuevo.

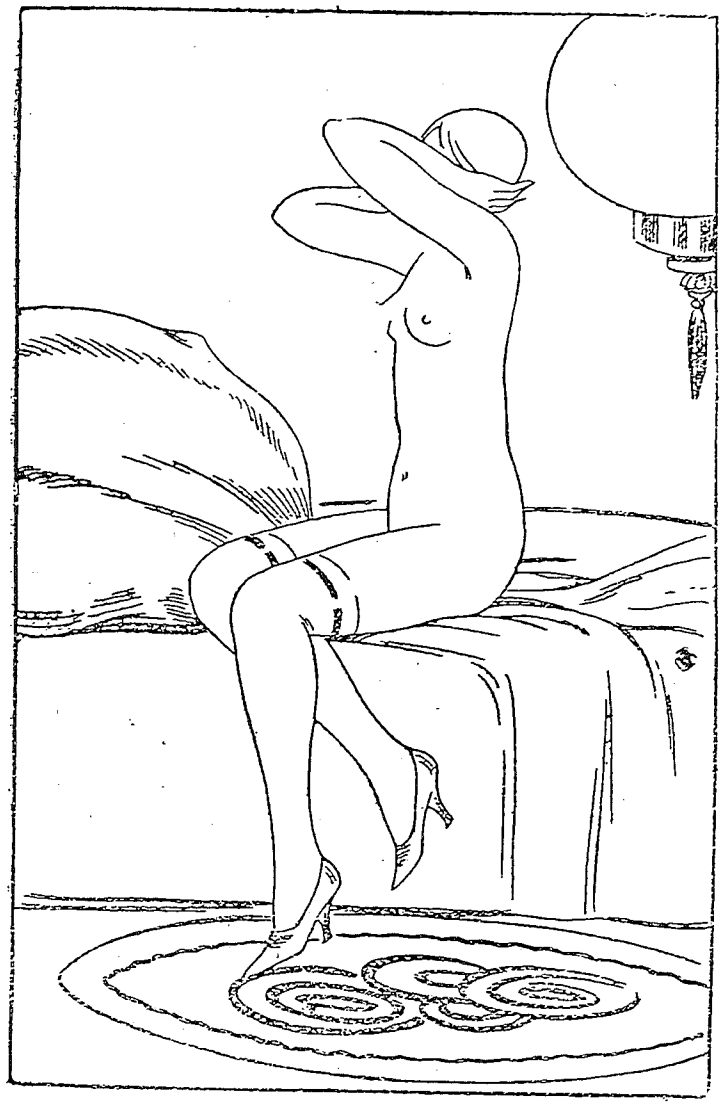
—Claro, como que así se está mucho mejor.

Y era verdad, porque Estela estaba guapa, guapa y seductora, desprovista de su maquillaje, con sus grandes ojos claros, su boca un poco grande y sus facciones perfectamente logradas.

Pensó que casi parecía un chico que por broma se hubiese puesto el vestido de su hermana, aunque desacertó en el pensamiento, pues Estela estaba femenina con todos sus rasgos, y nada inducía a hacer creer que fuese un muchacho, y menos aún cuando se despojó de su marinera y sobre el borde de la camisa surgieron blancos, pero no abundosos, dos senos bonitos y erectos, que Estela se acarició, diciéndoles:

—A ver si de esta vez los hombres se cansan de veros con codicia.

Pero como los mostrase tal como los tenía sería difícil que los hombres se cansasen de admirarlos, porque estaban bien moldeados, ciertamente, los senos de Estela, con los dos bordes del color de la escarlata, triunfantes sobre el mármol blanco



Triunfó su espléndida desnudez.

de la carne y sobre la otra blancura perfumada de la camisa.

¡Brava *deshabillé* la que ostentó graciosamente Estela entre el decorado y las mil fruslerías de su alcoba, cuya cama hacía ya tiempo que no había sido visitada por su marido! No lució mucho tiempo su desvestido, pues pronto, en un gesto rápido de enojo, tiró el pantaloncito y la camisa por los aires y quedó desnuda, sin más prendas sobre ella que las medias y los zapatos.

Dió un suspiro. Puso la ropa que se había quitado formando un montón, y la pisoteó nerviosa, diciendo:

—*Je m'en fiche.*

Triunfó su desnudez airada, hecha de rosáceos colores incipientes, su desnudez gloriosa y apetecible que no quería ser poseída por los hombres, que negaba la epidermis a sensuales caricias y era armoniosa en el ánfora de las caderas, en la cuda del sexo de vello rizado, en el vientre terso y en la espalda impecable.

—*Je m'en refiche*—dijo bruscamente, mientras se desprendía de los zapatos y de las medias.

Y descalza volvió a pisar las ropas femeniles y a decir palabras feas, que en alguna ocasión había oído a los chóferes y a las criadas.

—*Je m'en fou.*

Se sentó en el banzo de la cama, y en un momento de irritación contra lo que ella llamaba la

bestia masculina, cogióse con el pulgar y el índice los bordes del sexo, hizo ademán de dar una vuelta y dijo:

—¡Cerrado!

Le dió después unas palmaditas cariñosas, diciendo:

—Nadie, nadie pasará por esta puerta. ¿Los hombres? Sucia gente. ¡Egoístas! Ahora, a vestirse como ellos, a ser como ellos.

Como Estela hacía poco tiempo que había estrenado su nueva humanidad, no era extraño que hubiese tenido dos olvidos: uno de ellos era que no se le alcanzó comprarse calcetines, y otro que no poseía calzoncillos. Ahora, al querer cubrir su desnudez, es cuando se dió cuenta de ello, y volvió a ponerse nerviosa.

—¡Qué fastidio!—dijo—. Tendré que volverme a poner las medias y el pantalón que me acabo de quitar. ¡No voy a ser un chico más que por fuera! Por dentro me voy a quedar tan mujer como antes.

Se puso nuevamente las medias y el pantalón, y ya calmada un poco reflexionó:

—Bueno. Esto de cambiar de sexo no es una cosa que pueda hacerse de repente. Se precisa cierta calma. Mañana adquiriré todo lo necesario.

Y Estela, echando a un lado la ropa que había llevado hasta entonces, continuó vistiéndose.

Cuando el señor Perrault entró en la alcoba de su señora y se encontró con un adolescente que se sujetaba el sombrero, frente al espejo, torciendo un poco el ala pequeña, se echó las dos manos a la cabeza y tardó un minuto justamente en cerrar la boca.

—Y bien, ¿qué?—preguntó Estela.

Pero el señor Perrault no salió de su asombro. ¡Su mujer se había convertido en un *gigolo* de music-hall! ¡Se había vuelto loca!

Se decidió a hablar.

—Pero ese traje...

—¿Me sienta mal?

—No, no es que te siente mal, pero...

—¿Qué?

—Que es un traje de hombre.

—¡Buen descubrimiento! La diplomacia fran-

cesa tiene excelentes servidores. El Gobierno debe ir pensando en condecorarte.

—Bien, bien—dijo él, echándolo a broma—; yo venía a decirte que te preparases para el baile de hoy en la Embajada de Italia, y te encuentro disfrazada...

—Vestida.

—Vestida de niño pitongo, con todas tus ropas hechas un ovillo, imitando a Dorothy Gish cuando hace travesuras en las películas americanas. ¡Yo creo que esto es poco serio!

—Es tan serio como mi resolución.

—¿Qué resolución es la tuya?

—La de vestir siempre, absolutamente siempre, trajes de hombre. De hoy en adelante no más medias perfumadas, ni más sedas, ni más rasos; se acabaron las visitas a la modista y a los magasines, y las joyas y los perfumes caros.

—Estela, tú estás loca.

—Loca, no. Estoy disgustada, simplemente.

—¿De qué estás disgustada, pequeña?

—De los hombres.

—¿Y les imitas?

—Sí; me visto como ellos para huírles. Yo no quiero que tú seas cornudo.

—Yo tampoco tengo interés en serlo—replicó el señor Perrault.

—A mí—continuó Estela—me gusta salir de casa sola, recorrer los almacenes, sentarme en las

terrazas de los cafés, tomar el "Metro", entrar en los espectáculos. Pues bien: no hay vez que no salga a la calle que no sea objeto de solicitaciones galantes. No puedes hacerte idea de lo que me molestan. Ponen la boca en corazón y dicen: "Joven, tendría mucho gusto en que bebiésemos juntos una copa de champaña." Otros, más modestos: "Mi casa no está lejos. Yo os invito a una taza de te." Y, por último, los más decididos: "Si usted fuese gentil conmigo y viniese a un hotel a hacerme una hora de compañía, yo le haría un regalito." Si yo hubiera dicho que sí a la tercera parte de las proposiciones, el Sena tendría un afluente de champaña en lo que ellos quieren de mi persona para saciar sus apetitos; mi estómago se hubiera dilatado enormemente a fuerza de tomar te, y no habría cama de hotel de París donde yo no hubiese sido gozada. Aquí tienes explicado el por qué yo me visto de hombre, para que no me galanteen, ni me sonrían, ni me manoseen.

—¿Te manosean?

—¡Sí! Y hoy, en el "Metro", un español ha estado a punto de hacerte cornudo por encima de mi ropa. Venía el "Metro" lleno, y el hombre, un joven moreno de pelo rizoso, se pone junto a mí, me abraza sin ningún escrúpulo por la cintura y comienza a restregarse con la parte más carnosa de mi cuerpo. Intento protestar, pero es imposible.

El coche estaba abarrotado, y cualquier protesta hubiera ocasionado un escándalo mayúsculo. Al llegar a Les Halles quiero bajar, cansada de sentir que el español se goza de lo lindo, y él me dice con una desvergüenza que me deja helada: "Señorita, no baje usted todavía; para cuando lleguemos a Etienne Marcel ya habré terminado yo mi asunto".

—¿Y tú qué hiciste?

—¿Qué hubieras hecho tú en mi caso?

El señor Perrault pensó que la pregunta era una perfecta incongruencia. ¿Qué hubiera hecho él en el caso de que un español se restregase con la parte baja de su levita? Y optó por no contestar a ella; dando otro giro a la conversación, le dijo:

—Aunque tuvieras razón, comprende que yo no puedo llevarte con ese traje al baile de la Embajada de Italia.

—Ni yo te pido que me lleves. Vete tú solo. Yo voy a divertirme como se divierten ellos. Nada me falta para ser un chico...

Reflexionó un poco, y enmendó la frase.

—Bueno, como faltarme me falta lo principal. Pero como no pienso traer a mi casa a ninguna grulla...

—Comprende, Estela, que tu actitud provoca para mí un conflicto. Estoy acostumbrado a ti de

tal forma, que sin tu compañía no sabré hacer nada a derechas.

—Habla claro. ¿Prefieres ser cornudo?

El señor Perrault se encogió de hombros. Conocía bien a su mujer, y sabía lo inútil de una discusión con ella. Pensó que cornudo lo sería, seguramente, desde hacía mucho tiempo; hizo un gesto de resignación y se marchó.

Estela dió un salto con alegría. Cierto que bajo su camisa masculina y su chaleco apretado los senos, acostumbrados a una libertad mimosa, se hallaban algo oprimidos, y la costura del pantalón le hacía un poco daño en regiones que bajo el vestido femenino gozaban de una mayor soltura, pero eso eran pequeños inconvenientes de primeriza. Todo consistiría en acostumbrarse.

—Voy a inaugurar mi nuevo sexo—se dijo, metiendo la mano izquierda en el bolsillo del pantalón y tocándose con los dedos por encima del forro algo que ya hacía años que estaba inaugurado.



No había hecho más que salir a la calle y dar dos pasos en ella, cuando una muchachita toda pintada le sonrió, con la boca puesta en forma de corazón, a Estela, y le dijo:

—Mi pequeño cochinito de azúcar: ¿Quieres venir conmigo a un hotel que está aquí al lado?

Estela hizo un gesto negativo, diciéndose:

—¡Bah! Una profesional. Es su oficio. Este caso no es el mismo que el de los hombres, que, porque yo sea del gusto de ellos, creen que ellos lo han de ser forzosamente del mío; o en otro caso, que me he de ofrecer a sus gustos como un plato más de sus menús diarios, un postre de lujuria después de un *chateaubriand grillé*.

Pero la profesional, a quien Estela no tuvo más remedio que reconocer que era guapa y delicada de líneas, con dos preciosos ojos azules, insistía:



Se viste con prendas masculinas.

—Anda, nene bonito, que yo te prometo que no te pesará; verás qué cositas dulces sé yo hacerte.

Estela pensó que la mejor manera de quitársela de encima era decirla que no tenía dinero, y le espetó:

—Estoy sin un franco. Déjame en paz.

Mal remedio, porque la chiquilla se puso más tierna todavía al replicarle:

—¿Eso te importa? No, tontín. Si es un caprichito que tengo yo por tenerte a mi lado, y cien francos encima para que no te falte nada, muñequito.

Siguió su camino, desoyendo la voz tierna de la muchacha, y en la puerta de San Martín hizo detener un taxi. Al ir a subirse en él oyó a su conquista que le gritaba:

—Adiós, mariquita. Vete a bailar a las Bellas Japonesas.

Y con la mano bien cuidada le hacía un feo gesto obsceno.

Indicó al mecánico:

—A la Taverne d'Olympia.

Mientras el taxi corría por los bulevares, Estela iba pensando en la nueva situación que le creaba el sexo que fingía poseer, y diciéndose:

—Me parece que no he hecho bien en darle la dirección de un cabaret al chófer. Allí tendré que bailar, que bailar, claro está, con mujeres; no faltarán profesionales que me hagan la corte para

terminar pidiéndome doscientos francos por acostarse conmigo.

Estuvo tentada de dar al conductor otras señas, pero renunció a hacerlo, y siguió su viaje.

En la plaza de la Opera hubo de hacer el auto una pequeña parada. Dos grullas que iban en otro en compañía de sus amigos, se volvieron a mirar a Estela, y le dijo una a la otra:

—¡Oh, mira qué *gigolo* más mono!

Comentó la amiga:

—¡Y debe ser bien gentil con las mujeres!

Uno de los compañeros de carruaje preguntó irónico:

—¿Con las mujeres? Yo más bien creo...

Estela no pudo oír el final de la frase, porque su taxímetro se había puesto otra vez en marcha, distanciándose del otro; pero sí vió cómo una de las grullas se cogía con fuerza a lo que uno de los amigos tenía y a Estela le faltaba para ser un *gigolo* auténtico.

El chófer también debía haber escuchado la conversación de los comentadores, pues se volvió, mirando con ligera picardía a su cliente.

Estela le puso un semblante agrio, diciéndose:

—Este idiota ¿por qué me mirará? ¿Por lo que han dicho las grullas, por la bestialidad del amigo?

Al llegar el taxi a la puerta de la Taverne, un empleado abrió la portezuela. Una jovencita que

estaba en la entrada del cabaret le dedicó una fina sonrisa.

Estela vaciló un poco. La Taverne estaba en la planta baja, los varietés arriba. Pero su duda fué breve, pues alzando los hombros y ahuyentando con aquel movimiento sus escrúpulos, dijo:

—¡Bah! Un chico...



La Taverne d'Olympia tiene establecido en el vestíbulo un bar, puestos de chucherías y un rincón con una morbosa decoración oriental, donde por veinte francos un faquir, auténticamente indostano, predice el porvenir a su parroquia, generalmente femenina.

—¡Los hombres son unos puercos!—se iba diciendo Estela por el vestíbulo. Pero hoy no me ofrecerán más tazas de te, ni más copas de champaña. ¡Dejarán de aburrirme con sus monótonas iniciativas!

Por curiosidad, al llegar al rincón donde el faquir adivinaba el futuro de las clientes del cabaret, cosa no muy difícil por cierto, Estela se sintió curiosa y se acercó a ver qué era aquello.

El indostano estaba en funciones. Serio, grave, sacerdotal, vestido ricamente a la oriental, con

una varita delgada en la mano y un naipe extendido en abanico sobre una mesa pequeña de tapete azul bordado en oro, iba explicando en un francés bastante aceptable su porvenir a una linda muñeca rubia, muy jovencita, que le escuchaba con atención visible.

—¡Pobrecita!—pensó Estela—. Una víctima más de los hombres. Casi una niña, que habrá pasado, seguramente, del colegio al cabaret, y ese indiazo feo embaucándola. No; si los hombres son lo mismo en todas las latitudes y bajo todos los cielos.

Pero no debía ser como Estela pensaba, pues la chiquilla rubia, sin perder la atención a lo que el faquir le iba diciendo referente a su futuro, había extendido la manita, metiéndola entre la túnica del indio y sacando de donde lo tenía metido algo que mejor hubiera estado seguramente oculto.

Sin mirarlo—al contrario, teniendo los ojos bien fijos en los del oriental y pendiente cada vez más de sus palabras—le hizo delicadas caricias.

El faquir fingía no darse cuenta y, ajeno a todas las cosas terrestres que no fueran los veinte francos de la chiquilla, seguía en el pináculo de su oculto sacerdocio.

Estela se dijo:

—¡No, pues no parece ser él quien la embauca!

A no ser que esos tocamientos entren dentro de la ceremonia.

Se fijó la rubita en Estela, y con la mayor naturalidad, confundiéndola en su traje, exclamó:

—¡Oh, señor, ve usted qué cosa rara! No se endereza.

El indio continuó prediciendo el porvenir, y Estela siguió su camino, sin atender a la chiquilla, que le decía:

—¡Señor, espéreme un poco! Tomaremos juntos unas copas de champaña.

Al hacer su entrada en el Olympia la orquesta tocaba un charlestón, que los bailarines danzaban descoyuntándose.

La chica vestida de muchacho buscó con la vista una mesa vacía.

Se le acercó un camarero solícito:

—Por aquí, si usted quiere. Hay un señor sentado en ella, pero es el único sitio libre.

Se sentó la muchacha, y miró disimuladamente a su compañero de mesa.

Era un tipo alto, fuerte, moreno, de blanca dentadura, que enseñó sonriente, y ojos negrísimos. Se parecía un poco al español que aquella mañana había estado a punto de economizarse treinta francos en el Metropolitano, pero éste tenía la tez más oscura.

—¡Bah! Que sea quien quiera—se dijo Estela—. ¿A mí que me va?

Pero aunque quisiera darse por no enterada de su presencia, no dejaba de intrigarle aquel hombre, extranjero seguramente, pues había pedido por señas un *cock-tail,* y sordomudo no era, pues le oyó decir algo raro.

De pronto recordó Estela que el sultán de Marruecos se hallaba en París con su comitiva, y se dijo:

—¡Ah, es un caíd!

En efecto, lo era. Sin acordarse de su nuevo sexo, le hizo una coquetería, que forzosamente tenía que haber resultado equívoca, sonriéndole. Se sonrió también levemente el árabe.

Fué después cuando se dió cuenta la chica de su error, y por disimular bebió un sorbo de su citronade, y volvió la vista hacia otro lado.

En una mesa, una joven con el pelo cortado como un chico le hizo señas con los ojos de que se acercara. Estaba sentada junto a un hombre de edad madura, de aspecto senatorial, y tenía enfrente, al lado de una silla libre, una dama un poco madurita, pero todavía bien hermosa.

Repitió el gesto el señor de aspecto senatorial, y más obsequiosamente, la señora un poco madurita.

Estela piensa que si lo que ha buscado es su libertad al vestirse de muchacho, es poco lo que ha logrado, pues si antes eran los hombres quienes

la molestaban, en adelante iban a ser las mujeres las que no le iban a dejar en paz.

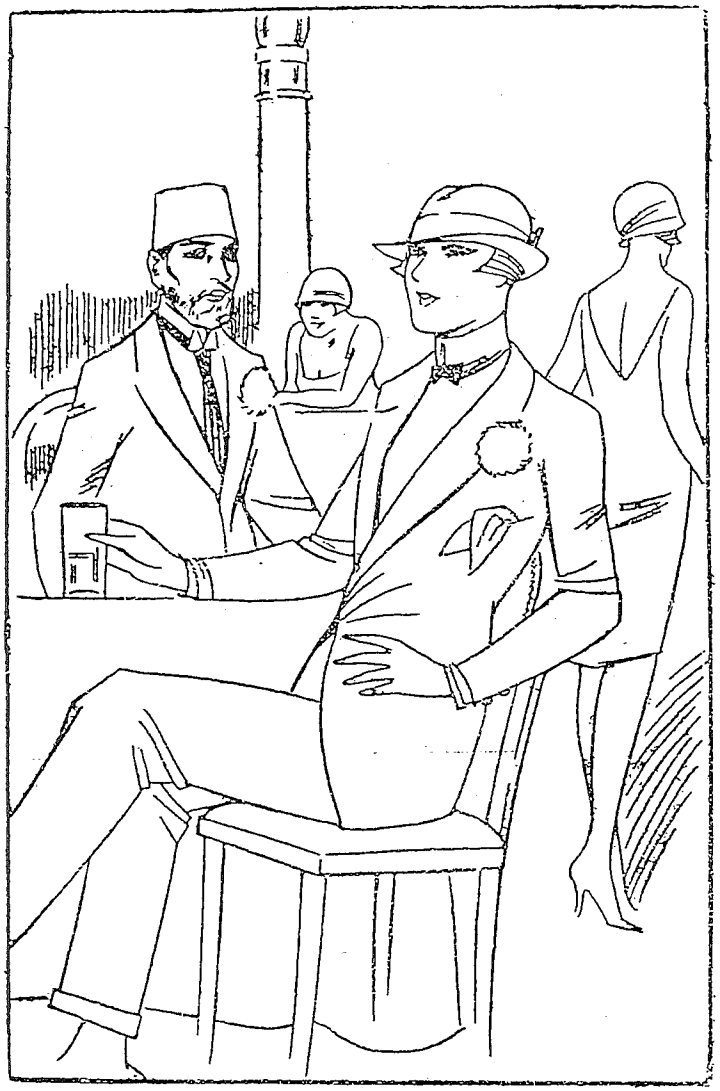
Primero, la señorita que le abordó en la calle; después, las grullas del taxi; más tarde, la jovencita que se hacía adivinar el porvenir, al mismo tiempo que comprobaba el tamaño de los falos índicos, y por último, aquella dama un poquitín ajamonada que sonreía enseñando dos dientes de oro.

Y no era sólo eso. Sino que desde que le habían visto entrar, tan encantador y tan sugestivo les había parecido a las concurrentes de la Taverne d'Olympia, que no hacían otra cosa que acecharle. Si a Estela le hubiesen gustado las mujeres, no hubiera tenido más que elegir entre las muy guapas chicas del elegante cabaret.

Todas las miradas convergían sobre ella, admirativas y concupiscentes. No había una sola chica que a aquella hora no pensase en enlazar con sus piernas las de la que creían un bello bambino y en apretar su vientre con el de la esposa del señor Perrault, en cuya compañía ya lamentaba Estela no encontrarse en la Embajada de Italia.

Se volvió desdeñosamente de espalda a sus invitadores, y otra vez sus ojos se encontraron con los del caíd de Marruecos, que le miraban de una manera significativa, como hombre que se ha dado cuenta de todo, y sonreía.

Estela comprendió, o al menos así lo creyó ella,



El árabe sonreía.

que había sido descubierta por el árabe, que sin duda alguna se fijó en algo que no repararon los demás. En el orificio que en sus orejas dejaron los pendientes, y por eso se sonreía y le miraba benignamente.

Acaso al árabe le pareciese deliciosamente parisina su travesura. Ella, una vez descubierta, le sonrió también, y aquello fué como el principio de un mudo idilio.

En fin, ella, que estaba huyendo de los hombres, había llegado al cabaret para terminar flirteando con uno de ellos.

—¡Esto no es serio!—se dijo—. ¿Que el árabe sabe que soy mujer y por eso me sonríe? ¡Bien! ¿Y qué? No se va a poner a decirlo a gritos, y menos en marroquí, en Olympia. Todo se reduce a cortar el flirt y a mirar hacia otra parte.

Así lo hizo.

Pero también por allí había zonas de peligro.

Dos viejas cabaretistas, con el pelo oxigenado y las caras pintarrajeadas como las de los payasos, le hicieron en seguida comprender, por medio de signos, que en todas partes son los mismos, lo mucho que les favorecería con su visita y lo mucho más halagadas que se sentirían si les honraba metiéndose en sus camas, a las que ya difícilmente llevarían algún cabestro que otro.

—¡Señor!—pensó—. Era cosa de bajarse los pantalones para que viesen que lo tengo en el

mismo sitio que ellas, y más bonito seguramente, y que no me incordiasen ya más.

Trató Estela de sustraerse a las invitaciones múltiples que se le hacían para una falsa Citerea y para una rara isla de Lesbos, bebiéndose lo que restaba de la citronade y mirando distraídamente a la puerta, a las paredes, a la orquesta...

Lo mismo daba. Sus encantos masculinos debían ser, al parecer, más de los que ella podía figurarse, pues en todos los rincones había gallinas dispuestas a dejarse picotear por el gallo, al que le faltaba para serlo algo más que la cresta.

Hasta la chica del mostrador, donde se venden chucherías y cosas frívolas, le ponía semblante amable por encima de los muñecos de trapo y de las otras fruslerías innumerables.

—Esto—se dijo Estela—es que han organizado un campeonato para ver quién logra violarme la primera. ¡Es idiota todo esto que me sucede! ¿Cómo voy yo a acostarme con una de estas chicas sin defraudarla? Y aunque verdaderamente fuese yo un chico, ¿cuántas cosas como la del faquir indio necesitaría tener para poder complacer a tantas solicitantes?

Cuando estaba abstraída, pensando en su situación disparatada, sintió una caricia en la barbilla. Miró indignada como cuando aún no se había dado de baja de ser mujer, y vió que quien le dispensaba tan afectuosa como confianzuda salutación era la jovencita que se había estado haciendo leer el futuro por el faquir, que le decía:

—Señor, es usted ciertamente muy bello.

—Me alegro parecérselo—dijo Estela, y agregó—: Usted es también muy bonita.

Sonrióse la nena y propuso:

—¿Por qué no me invita usted a bailar?

—Porque me encuentro fatigado. Más tarde.

—¡Oh, qué lástima; cuando se encuentre fatigado, no tiene sino venir a mi casa! Allí tiene usted siempre una cama turca y una taza de te.

—Ya está aquí la taza de te—pensó Estela, y en voz alta—. Bien, no lo olvidaré; mañana mismo puede ser que vaya a dar a usted una sorpresa.

—Eso se dice pronto, jovencito. ¿Pero cómo vas a ir? ¿Conoces acaso mi domicilio?

—Ciertamente que no.

—¿Entonces?

—Tú serás tan amable que me lo digas.

La jovencita sacó una tarjeta de visita de su bolso de mano y se la dió a Estela, diciéndole:

—Bien. No dejes de ir. A las cuatro de la tarde estaré esperándote. No te retrases, que te voy a hacer muy feliz.

Al marcharse su conquista, Estela miró al árabe.

Seguía sonriendo.

Ginette, 15, Faubourg Saint-Martín, Hotel Bourgogne, leyó Estela en la tarjeta que le había dado la jovencita.

—¡Ginette! Tiene un nombre muy bonito y un cuerpo muy bonito también. ¡A ver si me va a gustar la muchacha! Sería épico que me presentara mañana en su hotel. ¡Qué cara de asombro pondría cuando, al desnudarme, viese que me falta lo que, sin duda alguna, ella más aprecia!

Mientras tanto, Ginette se hallaba bailando el charlestón con un muchacho japonés, descoyuntándose en cada paso de la danza, moviendo de tal forma los senos, que varias veces los enseñaba por encima de la ropa.

Siguió pensando Estela:

—Baila bien y es elástica y fina. ¡Si yo fuese un hombre de verdad, mañana me pasaba la tarde

en su alcoba! ¿Qué pensará de todo esto el árabe? ¿Y si les invitase a los dos a un tiempo? ¡Qué raro *menage à trois* el que formaríamos!

Como Estela ha terminado de beber su citronade, y el árabe no osa despegar los labios, y como, por otra parte, desearía unos minutos de tranquilidad para poner en orden sus ideas, se dirigió hacia el lavabo, pero como todavía le falta mucho espacio que recorrer para habituarse a su nuevo sexo, se mete maquinalmente en el departamento destinado a las señoras.

—Usted me dispensará, señor—le dice la encargada, deteniéndole el paso—, este *cabinet* está reservado a las damas y me parece que usted no es una señorita ni una señora.

—Evidentemente que no—contesta Estela, toda confusa.

Pero entonces, una de las más osadas de sus admiradoras, una chica morena, de rasgados ojos negros y preciosa melena de paje, se le acerca y le dice:

—Usted ha dicho que evidentemente no es una dama. Claro, eso está a la vista, querido amigo.

—Sí, ¿y qué?

—Que si bien usted ha dicho a la guardiana que no es una dama, no por eso le ha afirmado que sea un hombre. Y aquí, querido señor, viene mi pregunta: ¿Quiere usted demostrarme que en realidad lo es?

—¿Cómo?

—Mi casa se encuentra bien cerca. Podíamos ir juntos a tomar una taza de te, cuando terminase el baile, o si no mañana...

—Bien—dice Estela—; deme usted su tarjeta.

Tomó la cartulina y leyó:

—Susanne, rue Mont Thabor, 8.

Por quitársela de delante prometió:

—Bien; mañana, a las cinco, iré a ver qué tal clase de te usáis y a probaros si soy o no un hombre.

—No falte usted, que le esperaré con impaciencia.

Estela entró en el lavabo destinado a los caballeros, diciéndose:

—¡Esto es asqueroso! Cuando yo era mujer tenía las solicitudes más espaciadas. Si yo tuviera, en verdad, todos los atributos masculinos, me los iban a poner más lacios que una breva.

Al salir del lavabo, otra muchacha depositó en su mano un billetito lleno de palabras dulces, citándole para el siguiente día en la rue de Saint-Honoré, y ofreciéndole una taza de te para pasar el rato, y aún no se había reintegrado a su mesa, cuando ya tenía en su poder una cuarta tarjetita con una cuarta invitación a un te con besos, según decía la que se le ofrecía, en un gabinetito de Reaumur Sebastopol.

Otras dos damas se le aproximan igualmente,

muy inflamadas de deseos, dispuestas a hacer la corte al dulce efebo, con sonrisas de faunesa.

Cuando Estela llega a sentarse de nuevo en su mesa, respira un momento, frente al árabe.

—¡Of! ¡Las mujeres! Inaguantables. Fuera, fuera. En cuanto llegase a casa se iba a encargar tres vestidos nuevos y a patear, con más furia que lo hizo con el femenino, su traje de hombre. ¿Para eso se había puesto una camisa que le estaba martirizando los senos y un pantalón, sobre cuya costura cabalgaba lo más íntimo y lo más delicado de su cuerpo, lo que los cochinos varones—ya no empezaban a parecerle tan cochinos—querían poner al descubierto?

Y allí enfrente el caíd, dándose cuenta de todo, habiéndole visto intentar entrar en los lavabos destinados a las damas y recibir los billetitos de sus admiradoras.

Miró otra vez al árabe con sus ojos claros. Nueva sonrisa del caíd a quien, estaba Estela segura, había gustado su travesura, y le lanzó una risita pequeña. Después, aprovechando un instante en que casi toda la concurrencia bailaba, salió de la Taverne.

En la calle se dió cuenta de que el marroquí la había seguido, y se hallaba junto a ella, silencioso, con la sonrisa complacida de siempre. Intentó llamar un taxi, pero su compañero la disuadió con un ademán. Unos minutos después un automóvil lujoso paraba frente a ellos, y entraban en él.

En su interior, el árabe, siempre callado, cogió con su mano morena la cara de Estela y le hizo unas caricias suaves en el rostro y en el pelo rubio.

La chica, a su vez, posó su mano en un lugar poco discreto. cerciorándose de que al marroquí no le sucedía lo que al indio que en el vestíbulo de la Taverne d'Olympia predecía el porvenir mediante veinte francos.

Algo había oído decir Estela del tamaño de ciertos órganos árabes, pero nunca creyó que fuese tan desmesurado. Quiso verlo desnudo, y aunque le daba algún reparo, soltó los botones necesarios y lo puso al descubierto.

¡Oh! Aquello rebasaba toda cosa imaginable. era extraordinariamente grande. La muchacha pensó que no iba a caber, que por mucha que fuese la elasticidad de su cuevecita dorada, era imposible que aquello penetrase.

Se dijo:

—Acaso en Marruecos esto sea signo de jerarquía, y éste que será un caíd, lo tiene por tal razón tan grande. Pero en ese caso, ¿cómo será el del sultán? ¡Asusta solamente el pensarlo!

Puso su fina mano abierta en palmo, y mientras el marroquí le besaba en los ojos, tomó medida.

¡Pobre señor Perrault! Ahora sí que vas a en-

trar en la cofradía numerosa de los cocus, y vas a entrar por la puerta grande, a juzgar por el tamaño de la llave con que van a abrirla. Abúrrete pacientemente en el baile de la Embajada de Italia, que ya a tu voluntariosa y linda mujercita no le parecen tan mal los hombres, ni sus obsequiosidades sensuales, que se promete vengarse de las solicitudes que le han hecho sus compañeras de sexo, tomándose todas las tazas de te que le ofrezca el árabe, y piensa beber copas de champaña en tal cantidad que, como te lo anunció, el Sena va a tener un pequeño afluente con nacimiento en el toisón dorado que hace tanto tiempo que tú no tocas. ¡Pobre señor Perrault!

Como acaso le hiciera daño estar a la intemperie, y las ventanillas del automóvil estaban, en la noche, abiertas, Estela tapó lo que antes descubriera, y juntó su carita al rostro moreno y cetrino del marroquí, que muy circunspecto y muy grave, no hacía más que acariciarle su cabellera rubia, cortada como la de los chicos.

—¿Quién pensará este extranjero que soy?—se decía Estela—. ¿Alguna grullita de cabaret, que para hacerse más interesante se viste de *gigolo?* En ese caso es posible que me regale quinientos francos. ¡Ah, Perrault, Perrault! Cocu, y además tu mujer cobrando.

Rompió el soliloquio de Estela el detenerse del automóvil. Saltaron sobre el asfalto de la acera,

y la chica leyó un letrero puesto sobre la puerta de un edificio elegante de no se imaginaba qué barrio pudiera ser: Hotel de los Tres Hemisferios.

—¿De los tres hemisferios? ¡Qué cosa disparatada!—pensó.

Pero como ella no había llegado hasta allí para descifrar enigmas, hizo una mueca, se prendió del brazo del árabe y entró.

De muy pocas cosas debía extrañarse la servidumbre del hotel que tenía el disparatado nombre de Los Tres Hemisferios, pues aunque vieron llegar juntos al marroquí y a Estela—a ésta con su traje de muchacho—, no sólo no hizo el criado ningún gesto de asombro ante la equívoca pareja, sino que como hombre que conoce bien sus deberes, sin que ellos dijesen una sola palabra, les condujo a una habitación, les abrió la puerta y se retiró con la misma parsimonia con que hasta entonces se había comportado.

—Sitio muy discreto—pensó la muchacha—. Consultaré el Bottin en mi casa, o me fijaré en las señas cuando salga.

La alcoba no era demasiado lujosa, pero tampoco estaba mal. La cama baja, muy baja, para facilitar a los clientes la tarea de encaramarse a

ella; un sofá de un color amarillo verdoso, una coqueta de dos lunas y los utensilios necesarios para mejor llevar a efecto los ejercicios amorosos.

Todo muy confortable y muy nuevo.

Estela se sentó en la cama, cruzó una pierna sobre otra, tiró el sombrero al suelo y dijo:

—¿Y bien?

El marroquí fué a sentarse junto a ella, la miró amorosamente y le dió un beso cálido en la boca; los labios femeninos succionaron golosos en los otros labios y se entrecerraron voluptuosos los ojos oscuros y los ojos claros.

Luego Estela tomó por asiento las rodillas del caíd e insinuó sus dedos finos en la airosa cabellera, pensando en que se estaba comportando como una verdadera profesional, en los cuernos que el señor Perrault exhibiría en lo sucesivo y en la estampa extraña que reflejaba el espejo con las figuras del árabe y la suya, las dos habilladas masculinamente.

Parecían, en verdad, él un fuerte sultán vestido a la europea, poseedor de un harén equívoco, donde las odaliscas hubiesen sido sustituídas por efebos robados en los cabarets, en una razzia de decadente piratería, y así, a cada momento, la situación resultaba más rara y más perversa.

Cosa también rara era que Estela no había sido nunca una chica sensual, y, sin embargo, en aquel momento, bien por lo anormal de la situación o

por el recuerdo de la longitud de cierta parte del organismo de los creyentes de Mahoma, sentía una comezón y un desasosiego, que lo mejor era calmarlos cuanto antes, ya que, por otra parte, al árabe no le faltaba con qué hacerlo.

Así, Estela se desprendió mimosamente del abrazo en que la tenía cogida, y se fué directamente hacia el bidet. Sonrió el caíd con maligna sonrisa y la vió de espalda quitarse la americana y la camisa; después los zapatos y el pantalón.

De espaldas, también, le vió las medias altas y los pantaloncitos. Se hizo más intensa la sonrisa del mahometano, que estuvo a punto de desvanecerse de placer equívoco, cuando Estela cabalgó sobre el bidet y se abiucionó algo que era rubio y rizoso.

Porque no la vió de frente no pudo el marroquí admirar la perfección de los senos erguidos, del vientre, de la línea dulce de las caderas y de la flor húmeda que abría sus dos pétalos a la ablución.

Pero la sonrisa murió repentinamente en los labios moros, la frente masculina dibujó una arruga. Algo raro, extraordinariamente raro, estaba pasando en aquel cerebro, mientras Estela pasaba la toalla por el sitio recién lavado.

¡Y qué carne blanca la de sus piernas, y qué hechizo glorioso el de toda su carne cuando se

volvió hacia su compañero, desnuda y sonriente, magnífica en su desnudez de flor!

El árabe vió bien los senos con los pezoncitos golosos, y el sexo de vello triangular, y la nitidez, un poco rosácea, del cuerpo femenino; pero no ansió, como parecía, cubrirlo con su tostada piel, ni conocerla bíblicamente.

Extendió sus manos, con las palmas abiertas, en gesto de repulsa; se levantó de la cama y salió de la alcoba, dejando a Estela confusa, con los ojos claros extraordinariamente abiertos por el asombro.

—¡Los hombres!—dijo, con la misma ira que cuando llegó a su casa dispuesta a cambiar de sexo.

Y no dijo más. Se sintió humillada, cubierta de desprecio por la huída del árabe, y un momento tuvo los claros ojos fijos, como piedras, y se tumbó sobre la cama, llorando su fracaso.

El señor Perrault podía pasar muy tranquilo bajo el Arco del Triunfo de la Plaza de la Estrella, sin descornarse contra las altas losas; su mujer no le haría cocu. Ya había recibido una buena enseñanza.

En su desnudez, llorosa—llorosa de ira, de haber dejado marchar al árabe sin clavarle en los ojos sus finas uñas y sin haberle dicho la palabra terrible—, continuaba bella Estela; como que el creyente de Alá se había perdido con su extraña conducta uno de los mejores bocados entre los muy buenos de Francia.

El mover de los hombros en el lloro, la espalda, los muslos, la carnosidad donde el español refrotó su lujuria en el Metropolitano, todo era sensual y lírico en la mujercita del señor Perrault.

Se rehizo prontamente.

Levantóse de la cama y volvió a cubrir su desnudez con las ropas masculinas, a las que tocó con cierto asco. Cuando estaba dándose el nudo a la corbata, sintió que llamaban a la puerta.

—¿Quién es?—preguntó, un poco alarmada.

—¿Da usted su permiso?

—¿Quién es?

—El criado.

—Pase.

Abrió la puerta. El criado se quedó en el umbral.

—¿Qué quería usted?

—Yo, nada. El señor, al marchar, me ha dicho, textualmente, que venga a ponerme a su servicio.

—¿El señor habla francés?

—Un poco.

Sintió la muchacha el nuevo ultraje. ¡Ah, el canalla! Y dijo al criado:

—¿Conoce usted el domicilio del señor?

—Ciertamente, no.

—Pues es una lástima. Porque, seguramente, sus servicios le serían más útiles a él que a mí. Puede usted retirarse.

Terminó de vestirse y salió del equívoco hotel de Los Tres Hemisferios, cuyo nombre ahora empezaba a descifrar. Sí, era una cosa no natural, de una anormalidad rebuscada, como un anuncio de que las escenas que en él se permitían eran también anormales, antinaturales, odiosas.

En la calle, miró a un sitio y a otro. No sabía en qué barrio se encontraba. Una plaza que vió a lo lejos le pareció la de la Republique, aunque en realidad no lo era, y hacia allí encaminó sus pasos.

Ni un taxi, ni ningún otro medio de locomoción en las calles. Miró al reloj. Las dos de la mañana. El Metro a aquella hora no funcionaba. Hizo un gesto de desagrado y siguió su camino.

En una esquina le susurraron:

—¡Ven conmigo, queridito, que te voy a hacer muy feliz!

Volvió la cabeza y vió una *poule* de *faubourg*.

—¡Idiota!—le dijo.

La buscona, una jovencita agraciada, puso cara de asombro.

Le dijo Estela:

—¿No ves que soy una mujer como tú?

—¿Una mujer?

Estela, sin decir palabra, se desabrochó la camisa y sacó los senos. Luego, para que no le molestaran más en su trayecto, siguió andando con ellos fuera.

Frente al espejo de su tocador, Estela se acabó de pintar los labios; se puso en pie y tiró lejos de sí el peinador. Un pantaloncito y una camisa femenina surgieron sobre el blanco rosado de su carne. Fué hacia la coqueta a elegir un traje, cuando se presentó en la alcoba el buen señor Perrault.

—Buenas tardes, mujercita. ¿Qué tal te va, querida mía, en tu nuevo sexo? Pero ¡oh!, ¿qué veo? Esa camisa, ese pantalón, esas medias que tienes puestas, no son, a mi parecer, de hombre. ¿Es que te has arrepentido de serlo?

No le hizo caso Estela, y por variar de conversación, le preguntó:

—¿Qué tal lo pasaste ayer en la Embajada de Italia?

—No muy bien. ¿Y tú, bajo tu traje de bambino?

—Yo, bajo mi traje de bambino, estuve a punto de hacerte cornudo.

—¿A punto nada más? Me tranquilizas.

Mientras tanto, Estela había elegido un vestido violeta, y al terminar de ponérselo, dijo al señor Perrault:

—Anda. Abróchame estos cierres.

Complaciente él, fué a hacerlo, pero cuando lo estaba haciendo, sintió el perfume afrodisíaco de la carne joven, notó que su mujercita estaba guapa, que era una lástima desaprovechar aquella ocasión en que él se hallaba pletórico de deseos y le susurró al oído:

—Mira, pequeña, hace mucho tiempo que nos hemos olvidado que tú y yo somos un matrimonio, o por lo menos, que no ponemos en práctica una de sus funciones más importantes. ¿Quieres...?

—¡Qué oportuno! Ahora que voy a salir se te ocurre eso. ¿Qué hora es?

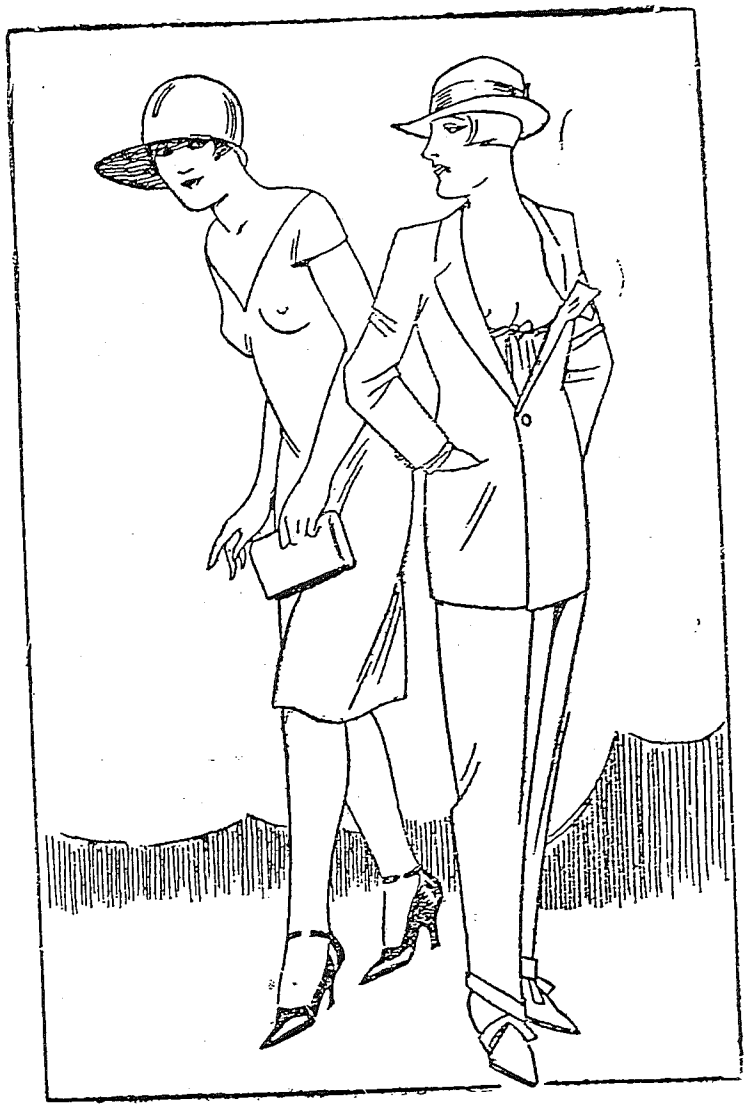
—Un cuarto falta para las cuatro.

—¡Huy, qué tarde! ¿Mis guantes? Adiós, adiós.

El señor Perrault, al ver salir a su mujer, se encogió filosóficamente de hombros.

—¡Otra vez será!—pensó.

A Estela, en la puerta de la casa, le estaba esperando su automóvil. Antes de montar en él, metió la mano en su bolso de mano. Sacó varias



Sacó los senos al aire...

tarjetas y papelitos, que fué poniendo en orden.

Ginette, cuatro de la tarde; Susanne, a las cinco; Hortense, a las seis; Marie Louise, a las siete y media, y así hasta las doce de la noche.

Entró en el automóvil, diciendo antes al mecánico:

—Ginette, 15, Faubourg Saint-Martin. Hotel de Bourgogne.

Y el automóvil se puso en marcha.

Cerca de la puerta que le da el nombre se encuentra el Faubourg Saint-Martin, y en él, como en la tarjeta de Ginette decía, el Hotel de Bourgogne, un establecimiento sin pretensiones al que llevan sus conquistas las boulevarderas que hacen los cien pasos entre la Place de la Republique y la Port Saint-Denis, en los crepúsculos parisinos, un hotel como tantos otros de las calles limítrofes de Bondy y Taylor.

Estela, al detenerse el automóvil en la puerta del hotel, lo comprendió así, pero ella había salido de su casa dispuesta a ultrajar al sexo contrario, y hubiera sido una cosa baladí el dejar de hacerlo por categoría de más o de menos del lugar de acción, y, por otra parte, Ginette era una muchachita de *cabaret* de la que ya se podía suponer que no iba a hospedarse en el Hotel Mont-Thabor o en el de los Embajadores.

La puerta del hotel se abrió poco después que Estela oprimiera el timbre, y al mozo que salió a recibirle preguntó:

—¿La señorita Ginette?

—Aquí es.

—Me ha dado cita para hoy, a esta hora precisamente.

Le hizo el criado pasar, y le indicó:

—En esa puerta.

Golpeó con los nudillos en el sitio indicado.

Una voz interrogó desde dentro:

—¿Quién?

—El joven a quien citó usted ayer.

Oyó Estela ruido de pasos y de ropas en la alcoba, y luego el producido por un frasco que se caía al suelo. Se imaginó, no desacertando, que la primera preocupación de Ginette había sido la de arreglarse el maquillado y perfumarse rápidamente. Su psicología de mujer le dijo que ella hubiera hecho lo mismo en el lugar de la linda tanguista de la Taverne d'Olympia.

Después se abrió la puerta, y antes de que Ginette tuviera tiempo de manifestar su asombro Estela penetró en el dormitorio.

La jovencita, sin explicarse aquello, dijo:

—Pero bien; usted me ha dicho que era un joven, y por su vestido no lo parece.

—Sin embargo—dijo Estela, sentándose en la

cama revuelta—, soy la misma persona a quien citó usted anoche en la Taverne d'Olympia.

—No comprendo...

—¿No? Pues es bien fácil de comprender.

La mujercita del señor Perrault comprobó que a la linda Ginette le había sorprendido en el lecho su visita; así se le presentó casi desnuda, con un peinador de un color claro, bajo el que no existía más prenda que una camisa transparente, las piernas desnudas, con los pies metidos en unas amplias babuchas rojas, y la melena desordenada.

El frasquito roto tenía sus cristales dispersos sobre el hule del lavabo, y la estancia estaba aromadísima por el perfume derramado.

Estela se fijó en que Ginette estaba todavía más bonita que cuando la vió por primera vez en la compañía del indio, cuyo organismo tan poco agradecía las obsequiosas caricias de que se le hacía objeto. Le pareció más intenso el rubio y más aniñada la figura de la cabaretista, aunque, desmintiendo su infancia, sobre la blancura de la camisa asomase su pico rojo una paloma de nieve.

Ginette creyó entender aquel asunto confuso, y dijo:

—¡Oh, mi querido señor! ¿Qué capricho ha tenido usted en venir a visitarme con ropas femeninas?

—¡Ginette! ¡Ginette! ¿De dónde ha sacado usted que yo soy un señor? Venga aquí, siéntese sobre mis piernas, que le voy a decir bajito, muy bajito, la causa por la cual me presenté ayer en la Taverne d'Olympia vestida de hombre, y la causa, también, por la cual he vuelto de nuevo a ser mujer.

A pesar de que a Ginette no se le alcanzaba el final de aquella trama, tuvo un instante de obediencia, y fué a sentarse sobre las piernas de Estela, la que fué refiriéndole toda su odisea, desde su entrada en los almacenes del Boulevard Paissonière hasta su aventura con el equívoco mahometano, cosas todas que iba encontrando muy francesas y muy de su gusto su rubita oyente, interrumpiéndole casi al final:

—¡Oh, estos hombres! ¿Quién los comprende? Ya vió usted mi indio. Nada. Allí quieto, como una marmota, como si no fuese con él la cosa, y después vuestro árabe... No sé, no sé, pero me parece que en lo sucesivo no podremos dedicarnos más que a europeos.

—¡Yo ni a europeos siquiera!

—Y eso ¿cómo será posible?

—Mi querida Ginette. Mi visita a vuestro hotel ¿no os dice nada?

—Me dice algo, sí.

—Veamos qué.

—Que tenéis unos ojos preciosos y que vuestra figura debe ser preciosa también.

—Nada os costaría el comprobarlo...

—En ese caso, déjeme usted que me levante. Voy a echar el pestillo a la puerta.

No tardaron muchos segundos para que el peinador de Ginette cayese por el suelo, y lo mismo las babuchas rojas.

En camisa estaba muy bien. Tanto, que Estela, que tenía algo de filósofa, le dijo:

—Mi opinión, amiguita, es que sería una solemne botaratada el rehacer una cama que nos encontramos deshecha.

—Yo coincido con usted, pero en mi cama no acostumbran a entrar gentes con los zapatos y los vestidos puestos.

—El inconveniente no es grande, o por lo menos me parece subsanable. Métase en ella, ya que se encuentra en condiciones de hacerlo. Yo entornaré las ventanas y me igualaré a usted en vestidura.

—¿Entornar las ventanas? ¡Qué disparate! No renuncio a verla desnudarse. Están bien ciertos escrúpulos entre los hombres, pero entre nosotras...

—También tenéis razón.

—¿Que si la tengo? Como que yo misma os voy a ayudar a hacerlo.

—Puesto que os mostráis tan amable, toda

—¡Ginette! ¡Ginette! ¿De dónde ha sacado usted que yo soy un señor? Venga aquí, siéntese sobre mis piernas, que le voy a decir bajito, muy bajito, la causa por la cual me presenté ayer en la Taverne d'Olympia vestida de hombre, y la causa, también, por la cual he vuelto de nuevo a ser mujer.

A pesar de que a Ginette no se le alcanzaba el final de aquella trama, tuvo un instante de obediencia, y fué a sentarse sobre las piernas de Estela, la que fué refiriéndole toda su odisea, desde su entrada en los almacenes del Boulevard Paissonière hasta su aventura con el equívoco mahometano, cosas todas que iba encontrando muy francesas y muy de su gusto su rubita oyente, interrumpiéndole casi al final:

—¡Oh, estos hombres! ¿Quién los comprende? Ya vió usted mi indio. Nada. Allí quieto, como una marmota, como si no fuese con él la cosa, y después vuestro árabe... No sé, no sé, pero me parece que en lo sucesivo no podremos dedicarnos más que a europeos.

—¡Yo ni a europeos siquiera!

—Y eso ¿cómo será posible?

—Mi querida Ginette. Mi visita a vuestro hotel ¿no os dice nada?

—Me dice algo, sí.

—Veamos qué.

—Que tenéis unos ojos preciosos y que vuestra figura debe ser preciosa también.

—Nada os costaría el comprobarlo...

—En ese caso, déjeme usted que me levante. Voy a echar el pestillo a la puerta.

No tardaron muchos segundos para que el peinador de Ginette cayese por el suelo, y lo mismo las babuchas rojas.

En camisa estaba muy bien. Tanto, que Estela, que tenía algo de filósofa, le dijo:

—Mi opinión, amiguita, es que sería una solemne botaratada el rehacer una cama que nos encontramos deshecha.

—Yo coincido con usted, pero en mi cama no acostumbran a entrar gentes con los zapatos y los vestidos puestos.

—El inconveniente no es grande, o por lo menos me parece subsanable. Métase en ella, ya que se encuentra en condiciones de hacerlo. Yo entornaré las ventanas y me igualaré a usted en vestidura.

—¿Entornar las ventanas? ¡Qué disparate! No renuncio a verla desnudarse. Están bien ciertos escrúpulos entre los hombres, pero entre nosotras...

—También tenéis razón.

—¿Que si la tengo? Como que yo misma os voy a ayudar a hacerlo.

—Puesto que os mostráis tan amable, toda

resistencia de mi parte resultaría de mal tono.

Ginette, con pericia, con esa pericia que sólo las mujeres tienen, y en la cual los hombres nunca les alcanzaremos, se acercó a su nueva amiga y la desnudó con mimo, dejando resbalar las ropas de manera que no sólo el desnudo, sino ni siquiera el *deshabillé* no apareciera de repente, sino que cada uno de los encantos de Estela fuese surgiendo paulatinamente para recreo de los ojos que los miraban.

Bajo la garganta, los hombros perfectos, los senos que se anunciaban blancos y erectos a través de la camisita transparente, y luego el vientre, la rosa de las fecundaciones preparada para un sacrificio estéril, y los muslos blancos, y las piernas.

Y después, por fin, gloriosa y triunfal, toda la carne femenina llena de hechizos y de sensuales alicientes, carne que fué besada por Ginette, un beso en cada poro, un beso abrasador y cosquillero que producía a Estela pequeñas risas, y como la risa es contagiosa, pronto rió también Ginette, y casi valía más que la cosa fuera tomada a broma, porque entre gentes que tanta confianza se demostraban era mucho mejor, teniendo en cuenta el poco tiempo que hacía que se conocían; dar al asunto un giro serio hubiera sido poco conveniente.

Y así, como broma sin importancia, las carnes

blancas de Ginette y las no menos blancas de Estela, en la cama que no había que deshacer, quedaron fundidas en un abrazo prieto. Luego, las sábanas cubrieron las bellezas de las dos muchachas, y después, después, nada.

Una alegría muscular y una granizada de besos.

Media hora más tarde Estela se presentaba de nuevo ante su chófer, revolvía el bolso, sacaba otra tarjeta y le daba una dirección al conductor.

* * *

Amigo señor Perrault, diplomático de la República Francesa, tu mujer ha salido de casa con el objeto de hacerte en una tarde cornudo ocho o diez veces y ya ha comenzado a consumar su raro adulterio. No te apures por ello, amigo Perrault. ¿Quién no es un poco más o un poco menos cocu bajo el dulce cielo de París?

FIN